

ción de la presidencia; ¿las firmarías? ¿Serías capaz, en caso necesario, de empuñar las armas en defensa de la República? ¿Luego quieres ser republicano?

Nos es indispensable el sacrificio de tu vida.»

Particularmente en el campo, era donde hacían más progresos aquellas seductoras utopías á causa de las privaciones de la vida; porque las abundantes cosechas y la baja de los precios que eran su resultado, justificaban, al parecer, las acusaciones contra el Gobierno, las calumnias propagadas por un sinnúmero de publicaciones y por las sociedades secretas.

Esta situación moral se demostraba por las violencias cada día más numerosas que se cometían en todas partes contra los representantes de la autoridad; así que, una parte de la Francia meridional estaba aún sometida al régimen excepcional del estado de sitio (la 6.^a división militar), y en otros muchos puntos se reclamaba también la aplicación de enérgicas medidas.

La gangrena se había declarado en todas las partes del cuerpo social; hasta las risueñas provincias del Mediodía, aquella patria del sol y de la fecundidad, país fértil y encantador como el de España é industrial como el del mismo Norte, ¡quién lo creería! era también víctima del cáncer roedor del socialismo.

Cuat o años antes, la religión era allí respetada y poderosa, sin que hubiese más sociedades que esas cofradías de piedad y beneficencia que recuerdan las virtuosas obras de los antiguos tiempos.

No obstante la natural vivacidad de los ánimos y la volubilidad de las pasiones, allí era la administración sumamente fácil; ya empezaban á olvidarse los sangrientos recuerdos de las antiguas discordias religiosas y políticas, de modo que el descendiente del proscrito de las Cevenas miraba sin odio al ferviente católico; conducía el hijo del blanco al altar á la nieta del azul; y era Trestaillon tan generalmente detestado como Saint-Just y Robespierre; la comodidad y la dicha reinaban en aquellos frondosos valles y ricas colinas plantadas de morales para la producción de la seda, de olivos, maíz y trigo, y en las que se veían con placer extensos campos de viñas, cuyos dorados racimos parecían aún conservar un rayo del sol benéfico que los maduró.

Pero he aquí que de repente se despiertan los odios y vuelve á aparecer el fanatismo con todo su furor: reúnen sus moradores, antes tan pacíficos, pero lejos de notarse en ellos su acostumbrada dul-

zura y sencillez, sólo profieren sus labios palabras de odio y venganza.

Ni siquiera hay una aldea que no tenga sus dos círculos de blancos y rojos; así dividido el campo empiezan desde luego los partidos á atacarse; sigue luego la pereza, y tras ella la miseria; como la confianza ha desaparecido, viene la paralización del comercio á aumentar los males.

Particularmente en los tres departamentos del Hérault, Lot y Garonne y Pirineos Orientales estaban las sociedades secretas terriblemente organizadas; ascendiendo á más de ciento veinte mil el número de sus afiliados.

Aquellas legiones de la insurrección y del pillaje, divididas en decurias y centurias, prontas á obrar á la primera campanada del toque de rebato, tenían ya su vanguardia, por decirlo así, en las ciudades, en los pueblos y aldeas; cada hermano tenía su puesto designado: á uno le tocaba apoderarse de la casa del alcalde, á otro de los tesoros públicos, al paso que debía hacerse dueño un tercero de cuantas alhajas hubiese en el templo para el culto divino.

Hasta en el extranjero era imponente y terrible la actitud de esos eternos enemigos del orden.

En Londres, los conspiradores, los insurgentes, los penados que se habían reunido allí de todos los puntos de la Europa que se vió obligada á arrojarlos de su seno, sin respetar en lo más mínimo el asilo ofrecido á sus desgracias; organizaban gobiernos insurreccionales, trataban de contraer públicamente empréstitos cuyos reembolsos aseguraban con la propiedad ajena; anunciaban grandes compras de fusiles y otros pertrechos de guerra, y excitaban con sus continuos llamamientos todas las pasiones ávidas de sangre y de exterminio.

Á todas esas esperanzas horribles se había fijado para su realización el año 1852, año nefasto que debía poner fin al poder del Presidente de la República, y verificar la elección de un nuevo jefe del Estado.

Es el temor contagioso.

Aquella continua alarma acarrecaba la desaparición de la fortuna, y era como la víbora que envenenaba el cuerpo social.

Desde que se amortiguó el espíritu de empresa, quedó paralizado inmediatamente el trabajo; desde que faltó el crédito á los amos, quedáronse los operarios sin ocupación.

Pronto vino la miseria á poner el colmo á tantos males; faltó á los niños el pan y el vestido, la pobre madre cayó enferma al ver el hambre y la desnudez

de aquellos pedazos de su corazón y buscó el hombre en los vapores del vino que tomaba al fiado, el salvaje olvido de su miseria.

Á las necesidades de las poblaciones laboriosas, siguió la imposibilidad de ser socorridos por el Gobierno, porque cuanto mayor era la escasez de los recursos, mayor había de ser también la dificultad de socorrer; puesto que como sucede siempre, disminuían los medios á medida que aumentaban las necesidades.

Había algunos amigos del orden que desesperaban al ver faltar bajo sus pies aquella tabla flotante: la revisión de la Constitución; no sabían ó habían olvidado por qué maquiavelismo logró el partido republicano de 1848 evitar que se emplease aquel remedio antes de la crisis.

La Constitución, fruto del genio de Marrast, reconocía el derecho de revisión, pero estaba revestido de tantas formalidades y dilaciones, que puede decirse era aquel derecho inaplicable.

El artículo III disponía que la Asamblea nacional no pudiese manifestar el deseo de revisar la Constitución hasta el último año de la legislatura; y sin que pudiese su voto convertirse en resolución definitiva hasta después de tres deliberaciones consecutivas, debiendo mediar de una á otra el intervalo de un mes, y después de haberse obtenido en su favor las tres cuartas partes de los votos.

En cualquier Asamblea es muy difícil obtener una mayoría semejante, pero en la de entonces, atendida la división de los partidos, era enteramente imposible; luego el derecho de revisión desaparecía ante las condiciones bajo las cuales debía ejercerse.

La forma triunfaba del fondo.

Tal era el camino sin salida á que se había logrado conducir la sociedad.

¿Y cómo asombrarse de tantos lazos, al pensar que la Constitución había sido impuesta por aquella minoría violenta que lograra por sorpresa apoderarse de la Francia?

Los culpables maquinadores de la doble intriga monárquica, decían á voces que se verificaría la fusión de los pretendientes el día en que todos los príncipes de las dos ramas llegaran á reunirse en el suelo de Francia, y de aquí que sus ardientes partidarios hiciesen todos los esfuerzos posibles, por lograr aquel apetecido resultado.

Obtener, fuese por medio de la intriga ó por una imprudente generosidad, la supresión de las leyes que condenaban á los príncipes al destierro, fué el objeto principal que se propuso la coalición monárquica.

¡Insigne locura!

Aquellos á quienes un destierro y una desgracia común no pudieron unir, se creía que debían abrazarse al pisar el suelo de Francia, cuando iba á ser éste para ellos el objeto de una nueva conquista: ¡como si la legitimidad y la revolución pudiesen confundirse en un beso de paz ni en un sincero abrazo!

Según puede comprenderse, reinaba poca seguridad en la vida pública y privada; sólo se veían la desunión y la desconfianza en unos, el reto y la osadía en otros; la producción estaba paralizada, la renta pública iba disminuyendo; la propiedad decaída, los brazos desocupados y todos los ánimos turbados por la proximidad de un peligro inminente, sin saberse, en medio de la incertidumbre general, cómo podría ser conjurado; un presentimiento cierto de ruina, un abandono completo de defensa, acusaciones violentas que se lanzaban los partidos unos contra otros, la ansiedad, la división y la sospecha á la orden del día, completaban el triste cuadro que ofrecía el país en los momentos de que vamos hablando.

La medida más enérgica, el golpe más seguro y más decisivo que podía dar el príncipe á aquella mayoría monárquica que amenazaba con sus intrigas á la libertad de la Francia, era tomar á su cargo la rehabilitación de la ley de 31 de Mayo y el restablecimiento del sufragio universal y para este efecto, lo propuso en un nuevo Mensaje fechado en 15 de Noviembre de 1851.

Después de haber demostrado en aquel documento el mal estado general producido por la incertidumbre, la paralización del trabajo y la exaltación de las esperanzas antisociales, sólo veía el remedio, según decía, en el restablecimiento del «solo principio que en medio del espantoso caos general, la Providencia nos ha conservado para nuestra unión».

«Cuando el sufragio universal, añadía, levantó el edificio social por sustituir un derecho á un acto revolucionario, ¿sería prudente no recurrir ahora al mismo medio para sostenerlo?

» Á no obrar de esta manera, cuando vengan nuevos poderes á presidir los destinos del país, se comprometerá ya de antemano su estabilidad, dejando un pretexto para discutir su origen y desconocer su legitimidad.

» Sin que abrigase ninguna duda acerca de sus rectas intenciones, y por no separarme un momento de la política de orden que he observado siempre, me vi obligado, á pesar mío, á separarme de un

ministerio que merecía toda mi confianza y estimación, para elegir otro nuevo compuesto igualmente de hombres honrados, conocidos por sus sentimientos conservadores, y que se hallasen dispuestos á admitir la necesidad de restablecer el sufragio universal en la forma mas amplia que fuere posible darle.»

Después de haber demostrado que la ley de 31 de Mayo había ido en su aplicación más allá del objeto que se proponía alcanzar, eliminando tres millones de electores, casi todos pacíficos trabajadores del campo; después de haber probado que la elección de un nuevo Presidente, bajo las nuevas condiciones del sufragio, sería obra casi exclusiva de la Asamblea, y no del país, refutaba ya de antemano el príncipe una objeción que se le hacía.

«Ya sé que se supone ser el interés personal el que me inspira estas proposiciones, pero bien sabéis que hace tres años que estoy desmintiendo con mi conducta, semejante suposición.

»Lo repito, el bien del país será siempre el único móvil de mi conducta: creo estar obligado á proponer todos los medios de conciliación, y hacer todos los esfuerzos posibles por alcanzar una solución pacífica, regular, legal, cualquiera que sea el resultado que haya de tener mi empresa.

»Así pues, señores, la proposición que os hago ni es una arma de partido, ni un cálculo egoísta, ni una súbita resolución; es el resultado de serias meditaciones, y de una convicción profunda.

»No pretendo que esta medida haga desaparecer todas las dificultades de la situación, pero sí que podrá mejorarla mucho, si se emprende con constancia la marcha que indico; restablecer hoy el sufragio universal, será quitar mañana á la revolución su bandera, su último argumento á la oposición; será procurar á la Francia la posibilidad de darse instituciones que aseguren su reposo; será restituir en lo sucesivo á todos los poderes, aquella fuerza moral que sólo existe mientras descansa en un principio consagrado y en una autoridad incontestable.»

Extraordinaria confusión reinaba en la Asamblea, confusión que necesariamente debía aumentar el lenguaje del Presidente.

La reelección de éste no era de su agrado, y sin embargo, las profundas divisiones que había en el cuerpo legislativo impedían que se tomara una decisión resuelta.

El 17 de Noviembre los republicanos rechazaron una nueva proposición cuya tendencia era la de

poner las fuerzas militares á disposición de la Asamblea.

No cesaron en su empeño por esto los republicanos y entonces buscaron nuevo apoyo.

Los monárquicos á su vez, que querían mantener la ley de 31 de Mayo, pareciéndoles éste el camino más recto y más seguro para llegar al sufragio restricto, como se había practicado en el último reinado, acortaron un poco la distancia que les separaba de los republicanos, y como que uno y otro partido no tenían en aquel momento sino un solo objetivo, que era derribar á Napoleón, coligáronse entrambas fuerzas, llevándose adelante el proyecto de ley, exigiendo la responsabilidad del Presidente, con lo cual quedaba terminantemente declarada la guerra á éste, guerra que no podía cogerle ya de sorpresa por ningún estilo.

Resuelto Luis Napoleón á no abandonar el poder y pretextándose á sí propio la necesidad de poner término al estado de cosas que amagaba producir complicaciones, pensó en dar un golpe de Estado que le asegurase perpetuamente el poder, y el día 2 de Diciembre de aquel mismo año llevó á cabo la disolución de la Asamblea.

Después mandó prender á los jefes tanto de los partidos monárquicos como republicano, siendo el contingente de deportados de éste mucho mayor; puso á París en estado de sitio, derogó la ley de 31 de Mayo y sometió á los votos del pueblo la ratificación de sus actos, pidiéndole nuevos poderes para hacer otra Constitución.

Dada la gran centralización del poder francés, podía contar con el favor del voto popular, puesto que era muy fácil hacer jugar las ruedas de la máquina administrativa de manera que diesen el resultado que deseaba el Presidente.

Sin embargo, en París se organizó precipitadamente la resistencia, que Napoleón no vaciló en combatir enérgicamente, y como suele suceder en casos semejantes, muchos inocentes pagaron los desórdenes y estragos de la guerra civil.

La batalla del 4 de Diciembre la perdieron los republicanos, que pretendían oponerse al golpe de Estado, y esto dió lugar á que fuesen expulsados del territorio francés gran número de diputados.

Los trastornos de provincias fueron todavía más graves y manifestaron palpablemente las ramificaciones que en toda la nación tenía el partido republicano socialista ó comunista.

En los departamentos del Allier, del Nièvre, de la Costa de Oro, del Saone y Loira, del Jura, del Gard, del Youne, del Drome, del Lot y Garona,

del Var y de los Bajos Alpes tuvieron que deplo- rarse varias sublevaciones y conatos de jacobismo, con la bandera roja por enseña, siendo por tal motivo puestos todos estos departamentos en estado de sitio.

En los días 20 y 21 de Diciembre de 1851 y bajo la presión de las circunstancias, el país aprobó la conducta del Presidente por siete millones y medio de votos, otorgándole los poderes que pedía.

Esta votación cambiaba por completo la faz de las cosas, abriendo para la Francia una forma de gobierno que tras un período de aparente prosperidad había de acabar con una gran catástrofe que imposibilitaba por mucho tiempo al menos la restauración del imperio.

Tal fué la rendición de Luis Bonaparte en Sedán, que al mostrarse cobarde en aquellos momentos hirió al pueblo francés, que todo lo olvida, menos una cobardía.



LA REINA DE INGLATERRA